

Alternativas pedagógico - productivas con jóvenes que trabajan en las calles: la experiencia de una organización social de la ciudad de La Plata

Barrena, María Agustina (IdIHCS - FaHCE/CONICET)
Gareis, Luisina (Facultad de Trabajo Social - UNLP/CONICET)

Mesa 30: Juventud divino tesoro: jóvenes, trabajo y educación

Introducción

En este trabajo presentamos la experiencia de una organización social de la ciudad de La Plata, la Olla Popular de Plaza San Martín, de la cual formamos parte desde su inicio, cuya intervención tuvo lugar entre los años 2010 y 2016. . Durante estos años, la intervención era dirigida a niñas¹ y jóvenes que pasaban la mayor parte de su tiempo en la calle, fundamentalmente, trabajando para obtener recursos para sí mismxs y sus familias. En primer lugar, daremos cuenta de algunas características relevadas por la bibliografía en relación a esta población así como también cuestiones que hemos podido observar a lo largo de los años de trabajo. En segundo lugar, comentaremos brevemente el surgimiento de la Olla Popular de Plaza San Martín y los inicios de nuestra intervención para luego centrarnos en la propuesta de trabajo construida con lxs jóvenes, los objetivos de los que partió, cómo se fue modificando a lo largo del tiempo y aquellas cuestiones que obligaron a revisar la propuesta.

Buscamos enfatizar tanto las tensiones generadas por la propuesta misma de intervención como las dificultades encontradas en la práctica cotidiana. Entre ambas - tensiones y dificultades - mostramos cómo y por qué la experiencia pedagógica-productiva se fue desgastando hasta que, a finales del 2015, dimos fin a la intervención. Relatar las decisiones tomadas, los problemas que surgieron y las reflexiones posteriores puede ser útil a otras experiencias destinadas a trabajar con jóvenes de sectores populares. Además consideramos que es una experiencia que puede ser retomada en otro momento realizando algunos cambios sustanciosos. La educación popular nos enseña a las organizaciones la importancia de registrar, “parar y pensar”, transmitir y aprender de otrxs.

La infancia y juventud en las calles

1 Decidimos utilizar la “x”, no solo porque creemos que la generalización del masculino como forma neutra implica una forma de violencia simbólica e invisibilización de los géneros y que no existen sólo dos géneros, sino que entendemos el uso de la “x” como un esfuerzo colectivo por plantear una incógnita, por avanzar a un modo de comunicación inclusivo que parta de la indefinición del género de lxs sujetxs, suponiendo que este no es un dato evidente de la realidad.

Todas las sociedades organizan sus relaciones sociales en base a sistemas de clasificación instituidos en contextos históricos y sociales. La sociedad capitalista occidental – sobre todo desde el Estado - ha creado un sistema categorial jerárquicamente organizado, donde cada categoría se asocia a modos de comportamiento, valores, afectividades (formas específicas de subjetividad): ser mujer, joven, niñx, trabajadorx, pobre, negrx. Valeria Llobet explica que tanto la “niñez” como la “juventud” son construcciones sociales históricamente situadas y “tal organización de las edades permite distribuir relaciones de poder” (2013: 27). Estas clasificaciones de edad producen a los sujetos como miembros de esas categorías siendo el Estado el principal agente en institucionalizar tales categorías a través de las escuelas, políticas públicas y regulaciones del trabajo y de las relaciones paterno-filiales (Chaves, 2010; Llobet, 2013).

Tales categorías también operan sobre los niños, niñas y jóvenes (NNyJ) que viven, trabajan o transitan en las calles de las ciudades. Ellxs han sido denominadxs genéricamente como “niños y niñas en situación de calle” pretendiendo visualizar la movilidad y circulación en la que están inmersxs estxs sujexs. Estos NNyJ alternan continuamente entre el hogar familiar, la casa de un amigx, el instituto o la calle. Por ende, su experiencia biográfica se caracteriza por mayores niveles de exposición y una más temprana autonomía (Míguez, 2008). Las calles de las ciudades brindan a infantes y adolescentes de barrios periféricos la posibilidad de obtener recursos y satisfacer algunas de sus necesidades, así como también “promete” libertad, ausencia de normas, placer, drogas, encuentro con pares, diversión (Pojomovsky, 2008). La mayoría son promesas incumplidas y la calle posee la ambigüedad de las dos caras, porque muchas de las experiencias que allí se viven están teñidas de violencia, abusos, abandono y discriminación (Míguez, 2008; Urcola, 2010).

Con respecto a la juventud, aparecen algunas particularidades respecto a la condición de “calle”, operando una superposición y complementariedad de las estigmatizaciones sufridas tanto por niñxs como por jóvenes. Pojomovsky (2008) identificó que, socialmente, lxs niñxs en situación de calle, en tanto categorización, puede adquirir cuatro aristas (contradictorias y coexistentes): el niñx víctima o abandonadx, trabajadorx infantil, delincuente y/o drogadictx. En tanto víctimas se lxs percibe como objetos de abusos principalmente por parte de la familia (institución que no cumple las expectativas sociales referidas al amor filial). Así también se lxs construye como excluidxs o miserables, realizándose una asociación tácita entre pobreza y pérdida de normas morales. Tal condición se potencia cuando se lxs caracteriza como niñxs trabajadores, ya que son “obligadxs” a buscarse los recursos necesarios para la vida y, además, ser el sostén familiar. Esta idea

contradice dos de los principales modelos hegemónicos occidentales: el de la familia como institución encargada exclusivamente de la reproducción excluyendo a mujeres y niñxs del aprovisionamiento económico y, así, subordinándolxs (Federici, 2015); y de la niñez como incompletitud siendo sujetxs a cuidar y proteger con escasa posibilidad de agencia. De esta manera se penaliza tanto a lxs niñxs como a su familia. Generalmente en estos discursos se apela como “solución a estos problemas” a la intervención del Estado quien debe efectuar una corrección normalizadora yuxtaponiendo los modelos de protección integral con las políticas de “mano dura” y control social.

A la juventud se le atribuyen sentidos estigmatizadores que contienen cierta particularidad (Feixa, 2008). Mariana Chaves (2005) afirma que la juventud es negada por el discurso jurídico y/o negativizada por las políticas represivas al construirse y reproducirse modelos del ser joven como “inseguro, incompleto, peligroso”. Al hacer referencia a lxs jóvenes pobres se entrelazan dos discursos hegemónicos: (1) de patología social que sostiene que es el sector de la población más predispuesto a “desviarse” o “enfermarse”; (2) de pánico moral que construyen a lxs jóvenes como peligrosxs, enemigxs internxs, sin predisposición para trabajar o esforzarse por su sobrevivencia, es decir “son vagxs”. Más allá que la categoría juventud ha sido y es representada para los sectores sociales medios y altos como moratoria social asociada a la libertad, la educación, la diversión² (Margulis y Urresti, 1998), en Argentina en los años noventa, se consolidó la imagen de juventud como problema con estigmatizaciones como “pibes chorros”, “drogadictos”, “violentos”, “negros de gorrita”, “villeros”. Esto conllevó que, frente a la retracción del Estado como garante de derechos, se intensifique la intervención estatal en su función punitiva y represiva, sobre todo cuando a la “imagen” del joven se incorporan las características de los sectores populares (Chaves et. al, 2013).

Basándose y contribuyendo a tales categorizaciones, el Estado genera intervenciones contradictorias y heterogéneas para con lxs niñxs y jóvenes que viven y trabajan en las calles del centro de la ciudad de La Plata. Se contraponen y suceden constantemente la cara represiva y la asistencial de las instituciones estatales. Por un lado, tanto lxs infantxs como lxs jóvenes cuando están en la calle son sometidos a diferentes formas de violencia institucional por la policía (golpes, cacheos, requisas, traslados a la comisaría, persecución). Por otro lado, lxs representantes asistenciales del Estado ensayan propuestas desarticuladas,

² Margulis y Urresti (1998: 5) sostienen que la juventud es el periodo que media entre la madurez física y la madurez social y explican que “la juventud se presenta entonces, con frecuencia, como el período en que se posterga la asunción plena de responsabilidades económicas y familiares, y sería una característica reservada para sectores sociales con mayores posibilidades económicas”.

discontinuas y no acordes a los problemas ni a las situaciones ya que no apuntan a trabajar con las causas que llevan a la situación en la que se encuentran los sujetos. Este tipo de intervenciones genera la ausencia de adultxs referentes y que, a su vez, ellxs pierdan la iniciativa y la confianza en lo que lxs funcionarixs estatales puedan ofrecerles por no existir un acompañamiento real y sostenido en el tiempo. En ningún caso el Estado planifica y lleva a cabo propuestas reales y concretas de transformación a la situación de pobreza estructural en la que se encuentran estxs infantes y jóvenes.

A su vez, la niñez y juventud que habita las calles céntricas representan una cara de la ciudad que quiere ocultarse: la pobreza de los barrios periféricos, la negritud de las villas, la violencia de los sectores oprimidos. En relación a esto, el Estado interviene para correrlos del espacio público ya sea llevándolos a un centro de día, devolviéndolxs a sus casas en una patrulla municipal, notificando a sus padres o encerrándolxs en comisarías por horas. Los niñxs y jóvenes en situación de calle se sitúan en la intersección de dos sistemas históricos de opresión: el capitalismo y la jerarquización etaria. Coincidiendo con Lugones (2008), debemos agregar al sistema patriarcal que subordina de manera diferencial a hombres y mujeres y al sistema colonial ya que aún opera una racialización de las relaciones sociales en base al color de piel (Segato, 2010). Al visibilizar y desarmar los discursos hegemónicos y las prácticas sociales y estatales que discriminan y segregan a los NNyJ que viven y trabajan en la calle, desde la Olla Popular, pretendimos construir y difundir con ellxs y para ellxs nuevas imágenes sobre su posición y rol social. Así, buscábamos re-valorizar y re-significar la agencia que poseen estxs sujetxs cumpliendo un papel transformador, no sólo de sus vidas y sus familias, sino del orden social dominante.

La Olla Popular: primeros pasos y definiciones

El 17 de agosto de 2010 la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez (APDN) convocó a la realización de una olla popular en la glorieta de la céntrica plaza San Martín de La Plata, bajo la consigna “El hambre es un crimen” y “Por la plena implementación de la ley 13.298 de la Promoción y Protección Integral de los derechos de los Niños” en la provincia de Buenos Aires. La asamblea había surgido dos años antes a raíz de la brutal represión en ese mismo lugar hacia un grupo de chicxs que dormían en la glorieta y a lxs cuales los diarios locales estigmatizaban como “la banda de la frazada”. Este hecho hizo que diversas organizaciones sociales y políticas y personas independientes se comenzaran a juntar semanalmente, lo que luego dio lugar a la conformación de APDN. La misma realizaba un trabajo territorial denominado “callejeadas” que consistía en recorrer diariamente diversos

lugares de la zona céntrica de la ciudad donde solían parar los chicos. El objetivo era ver cómo estaban y ayudarlos a encontrar respuestas a algunos de sus problemas cotidianos para poder con estas interacciones generar la construcción de lazos de confianza. Además, se organizaron acciones de denuncia al Estado como marchas, jornadas, informes a organismos estatales.

Después del hecho represivo, se decidió presentar un amparo colectivo en el que se solicitaba la aplicación de la ley de Promoción y Protección de los Derechos de los Niños y Adolescentes aprobada por la provincia de Buenos Aires en el 2005 (Ley 13.298) y la conformación del Consejo Local en la ciudad de La Plata³. Al día de hoy, el juez dictó sentencia en contra del Estado provincial y municipal en el año 2012; sin embargo, la ley continúa sin implementación plena.

APDN decidió, a fines de 2010, organizar una olla popular en el lugar donde había ocurrido la represión con el objetivo de generar una forma de denuncia pública permanente sobre la vulneración de derechos que sufrían lxs niñxs y jóvenes y, poder generar condiciones de encuentro distintas a las de las callejeadas. Se proyectaba generar encuentros colectivos en un lugar estratégico y central, tanto geográfica como simbólicamente, donde asistirían quienes tuvieran ganas de compartir ese momento y, a partir de allí, reforzar los vínculos. Además, esperábamos fijar entre todxs lxs participantes las normas de convivencia mientras durase el mismo. Se preveía conocer e integrar a otras personas que habitaran el centro, pero no durmieran en él. Los encuentros de los martes en la plaza se siguieron realizando hasta fines de 2012 y durante el transcurso se conformó un grupo que se encargaba de organizarlos y llevarlos a cabo, lo cual dio lugar al surgimiento de una nueva organización: la Olla Popular de Plaza San Martín.

Durante esos dos años, todos los martes alrededor de las 18 horas comenzaba el encuentro en la plaza. Se dividían las tareas para cocinar el guiso que luego se compartía, se realizaban juegos y se entablaban conversaciones. Participaban de los encuentros, principalmente, un grupo fijo de niñxs menores de 10 años y sus familias que trabajaban en el centro. De forma más aleatoria, iban a comer adolescentes y jóvenes que dormían en la calle pero cuyo compromiso con el espacio era diferente a lxs primerxs: mientras éstos llegaban temprano y se involucraban en todas las actividades, lxs jóvenes participaban menos, se quedaban a un costado o se acercaban solo en el momento de la comida. Estas diferencias entre el grupo de niñxs y el de los jóvenes, que se hicieron visibles con el quehacer cotidiano,

³ Amparo “Asociación Miguel Bru y otros c/Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires y otro S/AMPARO”. N° 15928, ante el Juzgado de Primera Instancia en lo Contencioso Administrativo N° 1 del Departamento Judicial de La Plata, a cargo del Dr. Luis Arias.

también se daban en torno a otras cuestiones, como respecto a los trabajos que cada grupo realizaba y la actitud –de la mano de los discursos antes mencionados- de la sociedad para con ellxs.

El grupo conformado por menores de 10 u 11 años aproximadamente, vendían objetos de escaso valor, repartían estampitas o pedían monedas en las calles del centro, sobre todo en la zona de la diagonal 74 entre las plazas Italia y Moreno que alberga muchos bares y restaurantes. Por lo general, trabajaban con hermanxs o amigxs, lo cual generaba y permitía que existiera una alternancia entre el juego y el trabajo. Conservaban también una vinculación más estrecha con su núcleo familiar, regresaban mayoritariamente a dormir a sus casas y asistían a la escuela. Como contracara, el mundo adulto era más benévolo con ellxs y, ya sea por compasión o por empatía, solían brindarles recursos. Por ejemplo, ciertos restaurantes les guardaban comida regularmente, trabajadorxs de los bares lxs invitaban a quedarse en sus casas, también solían recibir ropa, abrigos o zapatos de parte de vecinxs o gente conocida.

En cambio, lxs jóvenes trabajaban vendiendo flores, cuidando o limpiando los vidrios de los autos, aunque estas actividades también solían alternarse con delitos menores. El hecho de hacer una cosa u otra se relacionaba con la necesidad o el estado de ánimo, muchas veces condicionado por el consumo de sustancias. Para quienes experimentan la transición niñx-joven trabajando en la calle, estos cambios se hacen perceptibles porque pedir dinero o comida va dejando de ser redituable económicamente y muchas personas modifican la manera de relacionarse con ellxs. Además, el encuentro con actitudes discriminatorias o violentas se hace cada vez más explícito a mayor edad: no les permiten el ingreso a los restaurantes, no obtienen comida tan fácilmente y las personas se relacionan a través del miedo o el desprecio. En suma, a medida que crecen se hacen más conscientes de su realidad y los vínculos familiares se vuelven cada vez más conflictivos. Frente a estos procesos y actitudes, lxs jóvenes también suelen responder de manera desafiante y violenta. La mayoría comienza a consumir algún estupefaciente (marihuana, solventes, sustancias derivadas de la cocaína, entre otras). Como un proceso progresivo, tienden a permanecer durmiendo en la calle por períodos más largos de tiempo sin regresar a sus hogares y a estar así en peores condiciones de higiene, lo cual degrada cada vez más su condición y los vínculos con el mundo adulto. Es necesario mencionar que dentro de cada grupo de edad existían variantes y matices sobre todo con respecto a los vínculos familiares y la asistencia escolar.

Luego de dos años de trabajo se empezaron a notar algunas limitaciones vinculadas al hecho de estar trabajando en el contexto de la calle. En los encuentros de los martes, por un

lado, circulaba una cantidad de personas de distintas edades y con diferentes situaciones y problemáticas tanto individuales como sociales, cuyas expectativas muchas veces excedían la capacidad de respuesta que el grupo militante podía brindar. Por otro lado, resultaba difícil plantear actividades concretas en un contexto de tanta circulación donde no podía preverse del todo lo que fuera ocurrir. Para lxs más pequeñxs, se terminaban planteando actividades mayormente lúdicas, ya que los talleres de lectura, escritura o acompañamiento escolar requerían condiciones que la plaza no brindaba. En suma, los tiempos, espacios y normas que se intentaban construir chocaban constantemente con la dinámica propia de la calle que tenía regularmente ese espacio.

En cuanto a lxs jóvenes, también resultaba difícil concretar actividades con las que se involucraran tanto por el consumo problemático de sustancias como por tener a la calle como su principal - y a veces único - espacio de socialización. Al permanecer más tiempo en la calle y muchos de ellxs dormir en ese mismo espacio, estar en la plaza era como “estar en su casa”, esto es, con sus reglas, sus principios, sus modos de hacer, las cuales era difícil que abandonen o suspendan -al menos sin problematizarlo- en el momento en que se realizaba el encuentro con otras personas de otras edades y costumbres. Esto no ocurría en las “callejeadas” realizadas previamente por la APDN por ser encuentros más breves y que se daban, en general, solamente entre un militante y un chicx.

En este marco, desde la organización se decidió comenzar a realizar actividades con lxs niñxs por fuera del espacio de los martes en la plaza y así surgió el taller de cumbia de los domingos. Sin embargo, al poco tiempo se hizo visible que las actividades planteadas significaban para estxs chicxs una disminución del tiempo con el que contaban para trabajar y así obtener recursos fundamentales para ellxs y sus familias. Por ende, muchas veces se quedaban hasta altas horas de la noche, los martes luego del encuentro, para seguir pasando por los bares del centro y así también los domingos. También se visualizó que la opción más viable para el grupo de jóvenes era una propuesta laboral que implicara una estructura de trabajo por fuera de la calle.

En base a reflexionar sobre estas problemáticas, el carácter de las intervenciones se fue transformando. Así, decidimos que éstas debían: (1) focalizarse en algunas familias concretas con quienes se había logrado construir una reciprocidad en el vínculo; (2) necesidad de tener una mayor presencia para poder construir vínculos y referencias que posibiliten un acompañamiento más sólido; (3) pensar las propuestas desde una idea de proyecto común trabajando el eje de identidad para fortalecer la idea de lo colectivo como respuesta a los problemas individuales; (4) construir propuestas integrales y a largo plazo que

posibiliten una contención desde donde incluir y abordar las problemáticas individuales; (5) planificar propuestas de tipo pedagógicas-productivas tanto para lxs niñxs como para lxs jóvenes.

Luego de debates internos y asistir a talleres de formación, decidimos como organización que las múltiples actividades económicas que realizan lxs niñxs y jóvenes en la calle poseen consecuencias negativas en la construcción de su subjetividad en base a las formas en que las llevan a cabo: conlleva peligros, se extiende hasta altas horas de la noche no delimitando un horario, implica la interiorización de los discursos hegemónicos existentes sobre ellxs -mencionados anteriormente- y con ello la aceptación y reproducción de la posición que ocupan en la estructura social. Es decir, que es en el régimen capitalista actual en el que el trabajo que realizan adquiere el carácter de explotación y maltrato. Sin embargo, consideramos al trabajo como actividad práctica-intelectual vital en cualquier sociedad, tal como postuló Marx (1975 [1867]). Siguiendo el análisis que hace Ricardo Antunes sobre la transformación ocurrida con el advenimiento del capitalismo, estamos atrapadxs en la doble dimensión presente en el proceso de trabajo “que, al mismo tiempo crea y subordina, emancipa y aliena, humaniza y degrada, ofrece autonomía pero genera sujeción, libera y esclaviza” (2007:32).

En este sentido, consideramos que debíamos generar nuevas formas de trabajar, inventar nuevas relaciones sociales con las cuales se lograra la reproducción individual y social. Además, planificar una estructura donde se contemplen las habilidades, posibilidades y necesidades de cada unx; comprendiendo los hábitos que lxs jóvenes poseen por haber crecido y vivir en la calle (acostumbramiento a manejar sus tiempos y dificultades para cumplir con horarios, falta de autoridad y límites, cambiantes condiciones de higiene personal, etc.). A su vez, buscar inculcar a través del trabajo una idea de lo colectivo, problematizando y re-significando las diferentes concepciones que poseían del trabajo -principalmente asalariado, explotador y denigrante- para que se permitieran también repensar desde allí sus proyectos de vida. Es así que empezamos con un productivo de pizzas a finales del 2012, que se consolidó y estructuró en 2013.

Para poder concretar las propuestas, en el 2012, se presentó un proyecto de extensión, “¿Qué están tramando? Identidades de chic@s en calle”, en el marco de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales que fue aprobado y financiado hasta el final de la experiencia por la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de La Plata. El proyecto preveía continuar con el taller de cumbia y sumar la producción de una revista y un taller de alfabetización y la puesta en marcha de un productivo de pizzas. Con el

financiamiento del proyecto, se obtuvieron los recursos para poder comprar insumos y pagarle a un profesor de música para coordinar el taller de cumbia.

A partir del 2013, debido a las condiciones mencionadas, se dejaron de realizar las ollas populares los martes en la plaza, y las actividades pasaron a realizarse en un centro cultural ubicado también en el centro de la ciudad que prestaba sus instalaciones.

La Pizzicleta Ollera

Para trabajar con lxs jóvenes emprendimos un productivo de pizzas que se llamó “La Pizzicleta Ollera”, que si bien tuvo sus primeras producciones en 2012, comenzó con una estructura de funcionamiento constante y cotidiano en 2013. Se vendían pizzas horneadas o para hornear, lxs clientes podían pasarlas a buscar o se repartían a domicilio en bicicleta, de allí el nombre “Pizzicleta”. Ya instaladxs en el centro cultural, que poseía las instalaciones necesarias para trabajar en la cocina, sólo fue necesario comprar algunos elementos específicos (asaderas, cajas de cartón, caja térmica para la bicicleta, etc.). Las masas se amasaban y cocinaban a la tarde dos veces por semana entre unx joven y unx coordinadorx, quienes también realizaban la salsa si tenían tiempo. Luego, se trabajaba desde las 19 horas hasta la medianoche aproximadamente. Los días martes, miércoles, jueves y domingo, trabajaba un coordinadorx junto con tres jóvenes, y los viernes y sábado, como la demanda era mayor, se incorporaba unx joven y unx coordinadorx más. Las actividades que se realizaban cotidianamente eran tomar los pedidos, cortar el queso y los ingredientes que se agregaban a los diferentes sabores ofrecidos, hornear las pizzas, llevar los pedidos en bicicleta y limpiar. Una crónica de una “noche pizzicletera” escrita por una compañera del productivo contaba:

“Era una noche calurosa, de esos calores que cuando se prende el horno todo explota y te hace ver la longaniza ya cortada, el queso transpirado y al Peque yendo a comprar juguitos para tomar tereré. Esta semana se agregan las nuevas variedades, primavera y rúcula y crudo. Sabíamos que eso significaba que no era una semana como la otra... Había más tareas, había más curiosidad por probar eso que era el jamón crudo. Nos miramos con el Peque⁴ y en esa mirada entendimos que cada uno estaba pensando algo diferente: yo en prender la hornalla con agua hirviendo para poner dos huevos a hacerse por si pedían primavera; él me miraba y pensaba “¡que ganas de comerme una longaniza!” (...) Esperábamos que todo ya estuviese cortado porque lo que más nos gusta es tener todo más o menos listo para poder armar los pedidos y poder mechar con unos mates, pero sabíamos que nunca era así: falta hacer la cebolla y comprar la rúcula y lavarla. Teníamos que apurarnos antes que sonara el teléfono y muchos pedidos se amontonaran en el pinche de los pedidos!! (...) Luego nos pusimos en la interminable tarea sin fin de toda pizzeria -y sobretodo de esta- ¡PICAR QUESO! Eterna pelea irresoluble” (Septiembre, 2013).

4 Todos los nombres y apodos han sido modificados con el fin de resguardar su identidad.

A su vez, se planificaban otras actividades por fuera del trabajo, como comer todos juntxs o juntarnos a jugar al fútbol los domingos por la tarde. Por fuera de los horarios de trabajo, también se realizaban las compras de todos los insumos semanales y la contabilidad.

La decisión de construir un emprendimiento productivo respondió a diversos objetivos. Por un lado, que lxs jóvenes pudieran aprender un oficio, es decir, poder brindar una cualificación que lxs posicione para insertarse en el mercado de trabajo y que a su vez les permitiera en el presente obtener un ingreso propio. Por otro lado, se buscó generar una estructura de trabajo que implicara tomar contacto con ellxs todos los días, con un horario, objetivos y tareas determinadas y que, además de ser una estructura de trabajo, posibilitara la construcción de vínculos para abordar otras problemáticas. Considerábamos que la mejor herramienta de intervención para con lxs jóvenes debía ser desde la práctica concreta y cotidiana. De este modo, la pizzería excedió un lugar de trabajo sino que se logró consolidar como el espacio de contención y pertenencia comunitaria para lxs jóvenes que no se había logrado en la plaza.

Definimos también, el carácter que debía tener nuestra intervención y por qué. Más que una cooperativa donde trabajo y ganancias se reparten equitativamente, se pretendía poder aprehender el *trabajo* como una actividad concreta y productiva destinada a satisfacer necesidades, entendiendo que éstas son siempre contextuales, históricas y particulares (Narotzky, 2004). Sin embargo, con lxs jóvenes no se buscó generar una discusión teórica o en abstracto, sino que se incentivaron ciertos debates y reflexiones a medida que los problemas y dificultades fueron apareciendo. Igualmente fue un proceso lento y discontinuo de comprensión e interiorización de estas premisas en conjunto, donde hubo momentos más clarificadores y otros donde primaba el prototipo de “trabajo” hegemónico y asalariado. El ideal era llegar a conformar una estructura de trabajo donde todos los roles fueran rotativos, las decisiones se tomaran horizontalmente y se conformara un espacio de escucha y compañerismo interno entre trabajadorxs, intentando que, en el ida y vuelta entre la práctica concreta, las reflexiones y los desacuerdos, se comprendiera la necesidad de construir relaciones sociales anti-capitalistas y anti-patriarcales. En un balance realizado por lxs coordinadorxs en el 2013 se señalaba:

“Consideramos que un modo sería establecernos como educadores-educandos dentro de una dinámica de trabajo, buscar instancias que nos permitan trabajar desde la responsabilidad, paliar o prevenir las consecuencias que las mencionadas trayectorias de vida ocasionan en el pibe, como el consumo, el delito, el instituto de menores, el penal o la muerte. Por otro lado el reconocimiento de problemas y la decisión de laburarlos juntos/as para proyectarnos y construir nuestra identidad” (Balance Pizzicleta Ollera 2013)

Buscamos constantemente resaltar las habilidades, deseos y potencialidades de cada unx a la hora de trabajar y también respetar y comprender las dificultades de cada quién. Un ejemplo fue cuando en abril de 2013 se incorporó un joven que, hacía apenas tres meses, dormía en las calles de la ciudad, no lo conocíamos mucho pero estaba muy dispuesto a trabajar. Lisandro tenía un consumo muy problemático de Poxiran (pegamento), como ningunx de lxs otrxs trabajadores, además vivía en forma continua a la intemperie y no tenía familia en la ciudad. En base a estas características, hicimos una asamblea entre todxs donde se planteó que, si bien no se permitía el consumo de estupefacientes en el horario laboral, creíamos que lo mejor era incluir al joven permitiéndole ese consumo por tiempo determinado con el compromiso en dejarlo progresivamente. Para Lisandro, la pizzería, la Olla y el centro cultural se volvieron espacios de contención, casi a tiempo completo, ya que se incorporó a toda actividad a la que se lo invitó. Con esta dinámica, en julio había dejado de consumir Poxiran y en agosto un compañero lo invitó a dormir en su departamento hasta que pudiese alquilar alguna habitación. Esta decisión colectiva de hacer una excepción con respecto al consumo fue aceptada por el colectivo con el argumento “está re tirado ese pibe”⁵. De esta manera, se intentaba consolidar una estructura que pudiese contemplar las necesidades y problemáticas de lxs jóvenes que la integraban.

El salario constituía un punto conflictivo para el proyecto. Los interrogantes respecto a este tema fueron transversales a toda la experiencia y también sumamente diversos. Los debates iban desde si todos debíamos cobrar por igual, esto es, si se incluía o no en el pago a lxs coordinadorxs⁶, cuándo, cómo y cuánto sería el monto del pago, quién se encargaría de pagar si no hay “patrón”, cómo hacer un proyecto auto-sustentable y auto-sostenible sin ayuda económica externa. Conociendo las dificultades que implica compatibilizar un proyecto económico-laboral y social en simultáneo y que todo proyecto productivo demora cierto tiempo en generar ingresos a sus trabajadorxs, sabíamos que los ingresos difícilmente serían suficientes al menos el primer largo tiempo ¿Por qué y cómo lxs jóvenes iban a seguir participando? Como Olla Popular participamos de varios encuentros de formación coordinados por la Fundación Pelota de Trapo⁷. En este marco, el consejo que recibimos a

⁵ Sin embargo, a medida que el grupo de jóvenes se fue consolidando, la discusión en la cual no se pudo llegar a un acuerdo en toda la experiencia fue sobre la posibilidad de consumir marihuana durante el trabajo.

⁶ Desde el inicio se definió que lxs coordinadorxs no cobrarían sueldo, justamente teniendo en cuenta las necesidades diferenciales y que, para lxs coordinadorxs, éstas estaban cubiertas por otros trabajos. En este sentido, lxs coordinadorxs nos pensábamos como educadores, con el objetivo de que más adelante los propios jóvenes pudieran hacerse cargo del productivo. Sin embargo, fue un interrogante que surgió en reiteradas oportunidades.

⁷La Fundación Pelota de Trapo es una organización que trabaja con niñxs y jóvenes de sectores populares de Avellaneda desde los años ochenta y cuyo referente fue Alberto Morlachetti. Además de un hogar y un centro de día, contaban con una escuela taller gráfico y una panadería, emprendimientos en los cuales trabajaban junto a

partir de su experiencia fue que debíamos enfocarnos en que lxs jóvenes participen del productivo motivados por el proyecto social, colectivo y transformador de su realidad y la de otrxs y no por el salario. Es decir, construir una motivación político-social y no económica.

Durante el primer año la premisa de que el proyecto iba a generar ingresos cuando nuestra marca fuese conocida y si ofrecíamos un producto de calidad - y esperar con paciencia a que eso ocurra - fue comprendida y aceptada por lxs jóvenes. Además, no teníamos mayores gastos ya que las bicicletas eran de lxs coordinadorxs y estaban en buen estado, teníamos un compañero que facilitaba la compra de los insumos en su auto personal y no pagábamos alquiler ya que la Olla se encargaba de cubrir los gastos según el acuerdo que se había hecho con el centro cultural; todos estos factores permitieron destinar mensualmente un alto porcentaje de los bajos ingresos a salarios. Además, la idea inicial de tener un proyecto productivo propio y comenzar a recibir un dinero mensualmente, por mínimo que fuese, para lxs jóvenes funcionó como motivación. Es una verdad, además, que este sector social aprende a resolver sus necesidades cotidianas con menor cantidad de dinero que jóvenes de otro sector social. Todas estas condiciones iniciales fueron modificándose con el tiempo y surgieron nuevos inconvenientes con respecto a la cuestión económica.

Con el fin de generar un momento de encuentro para poder reflexionar y conversar sobre problemáticas que excedían lo cotidiano y lo personal, decidimos realizar a fin de mes un “domingo de cobro”. Con un almuerzo y en asamblea, el objetivo era poder conocer, compartir y, si era necesario discutir, los gastos de la pizzería y también cobrar. Un de los argumentos en que más se hacía hincapié en estas instancias era que no había “patrón” en el productivo y que todxs debían asumir los roles y las responsabilidades de cada uno de los momentos y funciones del proceso de trabajo. Compartir los problemas cotidianos del trabajo, fijar reglas entre todxs y buscar soluciones colectivas a las problemáticas individuales eran los ejes de esas asambleas.

En base a la insuficiencia de los ingresos que lográbamos obtener mensualmente, Mario, uno de los jóvenes, planteó en una asamblea de agosto del 2013 que su hijo había nacido con un problema de salud y que por eso estaba buscando otro trabajo. Se acordó, entonces, que durante dos meses él iba a cobrar un dinero extra porque lo necesitaba más que otrxs trabajadorxs. No sería un préstamo sino que fue la manera más concreta de comprender que existen necesidades diferenciales entre los trabajadorxs y que, para nosotrxs, nuestro trabajo se valoraba y se retribuía según las necesidades, en la medida de lo posible.

los chicxs.

El hecho de estar en un centro cultural compartido con otras organizaciones y colectivos tuvo algunos efectos que consideramos positivos. En general, lxs jóvenes tenían una buena relación con el colectivo de jóvenes que llevaba adelante la coordinación del lugar; a su vez, el estar compartiendo el espacio, posibilitaba el acceso a otras experiencias ya que en el lugar se llevaban a cabo talleres, tocaban bandas de música, se organizaban eventos culturales como exposiciones, entre otros⁸. Además, podían usar las instalaciones para bañarse o lavar su ropa.

Sin embargo, las dinámicas del centro cultural muchas veces chocaban con las ideas y maneras que desde la Olla considerábamos mejores para el proyecto. Por ejemplo, mientras que en la pizzería se tenía el criterio de no consumir drogas ni alcohol, ésta no era una regla que regía para el resto de las personas que habitaban la casa, que aunque entendían nuestra intervención, no comprendían la necesidad de dejar de hacerlo en esos momentos: tenían “derecho” a consumir lo que desearan en sus espacios recreativos y formativos. En suma, sucedía que las actividades que se desarrollaban simultáneamente tenían diferentes necesidades. Por ejemplo, en el horario de la pizzería, donde lxs jóvenes trabajadorxs conversaban y querían escuchar música, se desarrollaba un taller de yoga que necesitaba silencio. Detrás de esta tensión, no sólo había prácticas concretas que se contraponían, sino actividades que están asociadas a ciertos niveles de consumo a los cuales los sectores populares no poseen acceso: en el fondo eran experiencias de clase⁹ (Saraví, 2015) las que estaban en disputa.

Algunos de lxs jóvenes que participaban de las actividades de la Olla robaron objetos de la casa o de gente que circulaba por allí. Aunque no siempre fue en el horario de la pizzería, lxs jóvenes eran mayoritariamente señaladxs por tales hechos, y eso los asociaba inmediatamente con el productivo. Estas cuestiones planteaban una serie de interrogantes para los cuales no teníamos una respuesta unívoca: ¿por qué lxs jóvenes robaban en un espacio que estaba, no sólo abriéndoles sus puertas, sino construyendo una alternativa de vida para ellxs? Nosotrxs entendíamos esta situación en relación a dos elementos concretos. El primero es que el robo es una práctica posible para los jóvenes ante una necesidad concreta y que no se experimenta necesariamente como contrapuesta al trabajo. Como señala Kessler

⁸ Por ejemplo, en este contexto Lisandro comenzó a trabajar en otro productivo que funcionaba en el centro cultural al mediodía, de manera de poder sumar un sueldo más al que conseguía con la Pizzicleta, también iba a dormir a la casa de uno de sus compañeros de trabajo.

⁹ Saraví sostiene que “la clase no existe fuera de la experiencia vivida por los sujetos y sólo es construida como categoría colectiva histórica o analíticamente”, es decir que es una experiencia que está asociada directamente a las condiciones materiales de existencia derivadas de la inserción de los sujetos en la estructura social (2015:30). Por ello, según el autor, es útil para comprender la desigualdad social.

(2004), ambas actividades pueden darse en simultáneo ya que “en la lógica de la provisión, en cambio, la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización, para satisfacer necesidades. O sea, cualquier recurso provisto por alguna acción es legítimo si permite cubrir una necesidad” (2004: 65) En este sentido, como Ollerxs, sabíamos que era plausible que eso ocurra, había ocurrido anteriormente cuando trabajábamos en la plaza, incluso sabíamos que ocurría en sus propias casas. En otras palabras, no necesariamente el robo implicaba una desestimación o desvalorización de lo que allí ocurría; tanto lxs niñxs como lxs jóvenes disfrutaban y valoraban poder habitar, aprender y compartir ese espacio.

La segunda es que lxs jóvenes no robaban al productivo, sino bienes o materiales del centro cultural o de la Olla, es decir, elementos o cosas que ellxs no habían conseguido, estaban ahí, y tal vez ni siquiera podían imaginar cómo habían llegado. La Pizzicleta tenía la particularidad de ser un proceso productivo donde lo identitario, el proyecto, lo colectivo y transformador se combinaban y entremezclaban con lo económico, con el dinero ganado, producido. La unión indisoluble entre ambos aspectos producía una diferencia entre lo que formaba parte de la Pizzicleta y lo que no, por eso también los diferentes hechos eran juzgados de diferentes maneras. Por ejemplo, cuando uno de los jóvenes sacó 100 pesos de La Pizzicleta, el resto en asamblea le explicó que ese dinero era de todxs ellxs, era colectivo. Al mencionar que ya lo había gastado, le dijeron que el próximo mes iba a reponer ese dinero con su salario.

Como la pizzería no era la única actividad de la Olla Popular que tenía dificultades para conciliarse con el resto de las actividades del centro cultural, desde la organización se tomó la definición de buscar un espacio propio para trabajar. En el 2014 alquilamos una casa propia, que si bien no estaba ubicada en el centro de la ciudad, quedaba cerca y era de fácil acceso. La primera parte del año se destinó a pintar y arreglar la casa para luego poner en marcha las actividades.

Una casa propia permitió solucionar algunos problemas pero generó otros. Entre ellos, que sin las limitaciones de espacios y tiempos impuestas por otrxs, debíamos explicitar cuándo, cómo y por qué decidíamos hacer ciertas actividades y no otras -ya que no siempre podíamos tomar en cuenta lo que lxs niñxs y jóvenes quisiesen; a falta de consensuar las reglas con personas externas a la organización, ahora debían construirse y respetarse entre todxs lxs que ocupábamos y construíamos la Olla sin justificarse o hechar culpas a nadie más; algunas condiciones materiales que se tenían o solucionaban con otras personas externas a la organización, ahora debían ser garantizadas entre nosotrxs. La limitación fundamental pasó a

ser humana, es decir, faltaban personas para hacerse cargo de todas las necesidades que queríamos cubrir y de las actividades que queríamos llevar a cabo.

En la pizzería se decidió trabajar en una estructura de parejas pedagógicas: cada día trabajaban dos coordinadorxs junto con lxs chicxs. Con esto pretendíamos que la comunicación hacia dentro del productivo fuese más fluida y, además, servía como apoyo porque, ante cualquier problema o inconveniente que surgiera, había dos compañerxs para abordarlo. Además trabajar en parejas pedagógicas buscaba aliviar el trabajo productivo y organizativo que implicaba específicamente la pizzería, y así poder usar ese momento para abordar las problemáticas personales de lxs jóvenes: consumo problemático de sustancias, conflictos de género, situación con respecto a la vivienda, retomar la escuela, entre otros. Estos cambios hicieron que todas las personas que conformaban la Olla, se implicaran en el productivo y trabajaran a la noche un día a la semana al menos, además de seguir con los otros proyectos artísticos-educativos que realizaba la organización (producción de un audiovisual, taller de panadería para lxs niñxs, taller de cumbia). Esta decisión, si bien alivió el trabajo de quienes se habían encargado años anteriores, también generó que lxs jóvenes sintieran menor responsabilidad de hacer que el proyecto saliese adelante; había muchas manos que podían garantizar que el productivo funcione por más que ellxs faltasen, no hicieran la contabilidad o las compras semanales.

Lo que habíamos logrado consolidar con el trabajo de La Pizzicleta era, por un lado, un grupo de jóvenes trabajadorxs estables y comprometidxs. Si bien habían trabajado en el productivo a lo largo del 2013 alrededor de 15 jóvenes, 4 jóvenes constituían un grupo que desde los inicios habían construido el proyecto. Por otro lado, se había consolidado una identidad del proyecto productivo, que tenía sus vínculos estrechos con la Olla, pero también, como ya mencionamos, sus particularidades.

Fue esta fuerte identidad y sentimiento de pertenencia colectiva la cual generó que lxs más chicxs se quisieran integrar al productivo. Así, se sumó a la estructura de trabajo otro espacio que se llamó “pre-pizzicleta”, donde se insertaron chicxs de entre 10 y 13 años que amasaban y preparaban empanadas que se incorporaron a las ventas nocturnas del productivo. Este grupo presentaba características distintas al grupo de lxs jóvenes que trabajaban a la noche; se trataba de chicxs que si bien pasaban mucho tiempo en la calle trabajando, no estaban desvinculados de la escuela ni de sus familias, no pasaban las noches en el centro y no tenían un hábito de consumo de sustancias. Por eso, se definió que no trabajaran a la noche con lxs jóvenes. Con esta incorporación, ellos comenzaron a recibir un salario como trabajadores en proporción a las horas que trabajaban.

El cambio de barrio, la incorporación de nuevos trabajadores y los gastos que generaba el nuevo espacio (alquiler de la casa y compra de elementos de trabajo propios), sumado a la creciente necesidad de lxs jóvenes de incrementar su salario -ya que hacía un año que trabajaban con un salario muy bajo-, hicieron que nos viéramos en la necesidad de incrementar las ventas. Los más pequeñxs y nuevxs trabajadorxs de la pizzería se dedicaron entonces también a repartir volantes en la zona que alcanzaba el delivery de la Pizzicleta, tarea que se realizaban a la tarde, a veces con unx coordinadorx y otras veces solxs¹⁰. Además, el repartir en bicicleta los pedidos restringía la zona de venta, por lo que se decidió que lxs jóvenes dejaran de hacer los repartos¹¹ y se pagó a una persona (padre de una de las chicas que participaba de las actividades de la Olla Popular) para que realizara esa tarea en moto.

En cuanto a la casa, se pusieron ciertas reglas para su uso: se planteó como positivo que lxs chicxs pudieran apropiarse de la casa e ir cuando lo necesitaran, siempre y cuando estuviera abierta, podían bañarse y lavar su ropa, pero nadie podía quedarse a dormir. La limpieza de la casa debía realizarse entre todxs luego de cada actividad. En la casa no se podían consumir drogas. Sin embargo, esto siempre estuvo en tensión ya que lxs jóvenes argumentaban que podían consumir y trabajar en simultáneo y con el mismo rendimiento. Además, muchas veces lo hacían antes, durante o después del trabajo. Es decir que nunca se pudo abordar en profundidad ni transformar completamente lo relativo al consumo de sustancias. Tampoco se podían ingresar a la casa artículos robados.

Si bien en un inicio estas reglas fueron consensuadas entre todxs, a medida que los jóvenes se fueron apropiando de la casa y sintiéndose parte, comenzaron a cuestionar por qué no podían consumir drogas, traer amigxs o conocidxs a la casa, quedarse a dormir, ir en horarios en los que el productivo no funcionaba, tener una llave, estar obligados a limpiar -y hacerlo de cierta forma-, entre otros. Estos cuestionamientos no llegaban a romper el espacio o las relaciones, sino más bien eran utilizados por lxs jóvenes para tensionar ciertos momentos en los que no querían trabajar, estaban enojadxs con algún suceso ocurrido dentro o fuera de la organización o querían hacer enojar algún coordinadorx, a veces para molestar o por diversión.

¹⁰ La necesidad de ampliar las ventas fue general y en aumento, por lo que más adelante se decidió que todxs debían repartir volantes, también para no recargar tal responsabilidad sobre lxs menores.

¹¹ Esta decisión también resolvía dos problemas anexos: la seguridad de lxs jóvenes que consumían drogas antes o durante La Pizzicleta y que pudiéramos estar con ellxs todo el tiempo que duraba la jornada de trabajo. Sin embargo, la moto de reparto frecuentemente tenía problemas, por lo que lxs coordinadorxs debíamos turnarnos para repartir en bicicleta.

Si bien lxs jóvenes nunca dejaron de participar activamente en el productivo, como no se logró constituir como una opción laboral estable ni suficiente de ingresos, a medida que fueron creciendo y teniendo mayores necesidades fueron buscando otras formas de complementar sus ganancias, algunxs tuvieron hijxs, debían pagar un alquiler, entre otros, a su vez algunxs incrementaron el consumo de drogas. En ese sentido siempre una opción era robar o vender algo ilegalmente y algunxs en estos años ingresaron a la cárcel, aunque por periodos cortos y luego se reincorporaron al productivo. Cuando esto sucedió, desde la organización se hizo un acompañamiento con visitas y manteniendo la comunicación telefónica.

La inestabilidad y la baja en las ventas se fue haciendo sentir cada vez más. Ante eso, era necesario reiterar que, de no mejorar, no iba a ser posible aumentar tampoco los sueldos y que la Olla no podía seguir costeadando las pérdidas de la Pizzicleta. Lxs jóvenes, en un principio, entendieron la situación y la necesidad de buscar estrategias para aumentar la venta; se definió incrementar el reparto de volantes y la publicidad y nos organizamos para llevarlo a cabo. Sin embargo, el desgano fue notándose, lxs jóvenes faltaban seguido a trabajar y a la hora del cobro cuestionaban los bajos salarios, que se achicaban más porque ellxs trabajaban cada vez menos horas, y señalaban que iban a dejar de trabajar si se pagaba tan poco. En este marco, se buscó reforzar la idea de que el productivo no tenía sentido si ellxs no trabajaban, que lxs coordinadorxs no éramos lxs “jefes”. Los más pequeñxs siempre se comprometían pero no podían trabajar de noche ni realizar otras tareas sin el apoyo de lxs mayores. De la misma manera, se fue notando un desgaste entre lxs militantes: para poder cubrir todos los gastos y a su vez generar mejoras era necesario estar buscando estrategias para conseguir fondos constantemente: fiestas, rifas, proyectos de financiamiento estatal, etc. Por otro lado, todxs, no sólo lxs jóvenes del productivo, tenían muchas necesidades que había que cubrir y siempre terminaba primando “lo urgente”: unx de lxs chicxs se enfermaba y era necesario ayudar a la familia, una vivienda se inundaba, algunx se quedaba sin lugar donde vivir, era llevadx a la comisaría, había que conseguir y repartir alimentos para las familias. A su vez, lxs coordinadorxs también crecimos y tuvimos otras necesidades, dejamos de ser estudiantes universitarixs, en su mayoría, para también insertarnos en el mercado laboral a tiempo completo, algunxs formar una familia.

Hacia fines de 2015, en base a todo esto, pero sobre todo, teniendo en cuenta el poco compromiso de lxs jóvenes, decidimos cerrar el productivo. El año siguiente, a su vez, se decidió interrumpir las actividades de la Olla Popular en su totalidad, previendo que podían retomarse más adelante, cuestión que no ocurrió. No obstante, quienes formamos parte

continuamos vinculándonos con lxs chicxs, jóvenes y sus familias, ya sea por alguna necesidad concreta o para encontrarnos y continuar en contacto.

Reflexiones finales

Si bien no tenemos una respuesta clara sobre el fin de la experiencia de la Pizzicleta, hay ciertas cuestiones que creemos que intervinieron de manera importante. Por un lado, la tensión entre lo social y lo económico como parte del proyecto. Si bien, desde un principio el objetivo estuvo puesto en la construcción de vínculos en un espacio de contención y en poder abordar las diferentes problemáticas sociales e individuales de lxs jóvenes, por momentos lo económico ocupó la mayor parte de la energía de la organización. Si bien sabíamos que no era lo principal, también es cierto que lxs jóvenes tenían necesidades económicas concretas y que para poder hacer crecer el proyecto también se necesitaba crecer económicamente. Sin embargo, consideramos que esto hizo que, sobre todo hacia el final, se contara con menos tiempo para los encuentros, las actividades recreativas y los momentos de ocio compartidos que en otro momento habían sido el pilar de la Pizzicleta y que habían logrado construir un espacio propio y una identidad para lxs jóvenes dentro del espacio más amplio de la Olla Popular. En este sentido, creemos que durante una parte importante del tiempo que duró la experiencia lxs jóvenes construyeron una identidad a partir de la Pizzicleta, de la mano del trabajo, de estar “ganando” un sueldo, además eran un grupo particular dentro de la Olla Popular, con sus reglas, sus actividades, sus lógicas y sentidos y significados compartidos. Algo de esta “distinción” creemos que se perdió cuando todo el colectivo se involucró en la Pizzicleta e incluso se sumaron chicxs más pequeñxs, de lxs cuales antes lxs jóvenes se diferenciaban por ser lxs que trabajaban. Si bien lxs jóvenes hacia el final resaltaron la cuestión económica, lo cierto es que las ganancias nunca habían sido demasiadas y sin embargo sus actitudes con respecto a ellas fueron variando. Por otro lado, las necesidades y urgencias económicas y del cotidiano también fueron desplazando, hacia el interior del colectivo de militantes, el tiempo dedicado a la discusión política, la formación interna y la reflexión en torno a los objetivos y a la práctica, lo cual también fue dando lugar a un desgaste de quienes formábamos parte. Nos preguntamos además sí generar y explicitar ciertos debates teóricos con lxs jóvenes hubiese permitido una cabal comprensión de los objetivos que teníamos como organización: más allá de buscar la reproducción individual y social, pretendíamos transformar el carácter de las relaciones sociales, generar nuevas alternativas, imaginar otras formas y estructuras de trabajo para y desde allí que ellxs mismxs

puedan y quieran modificar otros aspectos de su propia vida, de su entorno y de la sociedad, hacerlo en colectivo y autónomamente.

Finalizamos esta reflexión con más interrogantes que recetas transformadoras, pero planteando una certeza aprendida: es a través de la práctica concreta y alegre, donde el juego, el trabajo y la reflexión teórica se mezclen y confundan que lograremos generar alternativas para lxs jóvenes y niñxs pobres que son unxs de lxs sujetxs más sub-alternatizados de esta sociedad.

Bibliografía

- Chaves, M. (2005) “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea” en *Última década*, (Argentina) Vol. 13, N° 23.
- Chaves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades* (Buenos Aires: Espacio editorial).
- Chaves, M., Giorgetti, D., Infantino, J. y Mutuverría, M. (2013) *Escenas de la experiencia juvenil en la continuidad democrática en AAVV A 30 años de la democracia* (La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social).
- Federici, S. (2015) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (Madrid: Traficantes de Sueños)
- Feixa, C. (2008) *De jóvenes, bandas y tribus* (España: Editorial Ariel).
- Kessler, G. (2004) “De proveedores, amigos, vecinos y barderos. Acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires”, en *Desacatos*, núm. 14, CIESAS, Ciudad de México, pp. 60-84.
- Llobet, V. (2013), *Sentidos de la exclusión social. Necesidades y prácticas en políticas sociales para la inclusión de niños, niñas y jóvenes*, Ed. Biblos, Buenos Aires,
- Lugones, María 2008 “Coloniality and gender” en *Tabula rasa*, N° 9.
- Marx, K. (1975 [1867]). *El capital. Tomo 1*. México: Siglo XXI.
- Míguez, D. (2008) *Delito y cultura: los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana* (Buenos Aires: Biblos).
- Pojomovsky, J. (2008) *Cruzar la calle. Niñez y adolescencia en las calles de la ciudad* (Buenos Aires: Espacio).
- Saraví, G. (2015) *Juventudes fragmentadas: socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: FLACSO/ CIESAS.
- Segato, R. (2010) “Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje” en *Crítica y Emancipación*, Vol. 2, N°3.
- Urcola, M. (2010) *Hay un niño en la calle: estrategias de vida y representaciones sociales de la población infantil en situación de calle* (Buenos Aires: Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad – CICCUS).